

Introducción al Tema de la Universalidad Nicaragüense

JOSE CORONEL URTECHO

Poeta, escritor, historiador.

No se puede negar que la historia de Nicaragua, como la de todo país americano y hasta posiblemente más que la de casi todos ellos, ha estado siempre abierta a lo universal. Basta un ligero conocimiento de ella para rendirse cuenta de que, efectivamente, casi todo el proceso de su desarrollo es consecuencia de actividades o tendencias no enteramente circunscritas a nuestro territorio, sino en alguna forma relacionadas con el mundo entero o con alguna concepción del universo. Esto se debe sobre todo al hecho de que en el siglo XVI el istmo de Nicaragua, haciendo juego, hasta cierto punto, con el de Panamá, pero con otros resultados, vino a quedar en el camino de algunas por lo menos de las grandes corrientes de la historia universal. Siquiera sea para Centroamérica propiamente dicha el istmo nicaragüense ha sido, como quien dice, un verdadero centro de confluencia de tales corrientes. La conquista española de las provincias centroamericanas, en realidad no fue otra cosa que el primer resultado de esta convergencia en Nicaragua de los principales movimientos de exploración continental con miras a la navegación interoceánica y mundial. Más importante aún para nosotros, aunque quizá en sí misma lo sea menos, fue desde luego la consiguiente formación del pueblo nicaragüense que, por el hecho mismo a que debe su origen, ha estado siempre expuesto —con gran peligro a veces de su independencia y aun de su propia identidad— a las incitaciones y presiones de las grandes potencias mundiales.

Por diferente de la nuestra que hoy nos parezca su concepción del universo, los hombres de la conquista antes que nada se movían por una incontenible vocación de universalidad, a la que necesariamente estaba aparejada una cierta visión universalista del mundo y de sí mismos. Hernán Cortés o Pedro de Alvarado y aun Gil González Dávila, inspirados en las figuras universalistas de la antigüedad, como Alejandro y César se proponían en sus empresas objetivos mundiales. En su famosa marcha desde México hacia la actual frontera norte de Nicaragua, Cortés buscaba el Estrecho Dudososo, que Cristóbal Colón creía haber encontrado en Veragua. A Pedro de Alvarado, que en busca del mismo paso había descubierto y conquistado Guatemala y El Salvador le sorprendió la muerte cuando preparaba una expedición a las Molucas. Gil González Dávila, navegando por el Pacífico, en la

misma demanda del Estrecho, descubrió el istmo de Rivas y el Gran Lago de Nicaragua, y fue el primero que señaló la practicabilidad del Tránsito. En las exploraciones del río San Juan, efectuadas con el objeto de establecer alguna forma de comunicación interoceánica, participaron hombres de la envergadura continental de Fernando de Rojas y Belalcázar. Aún el mismo Pedrarias y los Contreras, a pesar del espíritu todavía feudal de esa familia ya en cierto modo tan nicaragüense, sólo leían el futuro en las líneas del mapamundi.

En la misma colonia, cuyo aislamiento no debemos exagerar, los descendientes criollos y mestizos de los conquistadores nunca llegaron a perder del todo el interés por las rutas oceánicas, ni la inquietud universal que le correspondía. Por la ruta marítima del Desaguadero estaban en contacto con las flotas que llegaban de España a Cartagena o Portobelo, cuando no alertas a la amenaza de la piratería, y eso bastaba para mantener despierto el sentimiento universalista, aunque la mayoría de los colonos apenas lo distinguiera de su fidelidad a la metrópoli o de la idea del imperio español. La actitud no varió sin embargo, sino al contrario se agudizó más todavía con la proclamación de la independencia y aún con el consiguiente separatismo de las provincias centroamericanas. Empezando por Valle, todos los próceres tuvieron una visión mundial y hasta marítima de Centroamérica. En ella se basaba su fe en el porvenir. Sus sucesores no la abandonaron ni en los peores momentos de las guerras civiles, y fundaban en ella sus esperanzas aún cuando todo parecía perdido. Entre los nicaragüenses que figuraron en nuestra historia del siglo pasado, sin excluir a los comandantes militares, más o menos dictatoriales, como el Gran Mariscal, Casto Fonseca, ni a los cabecillas revolucionarios y jefes de bandas, más o menos anárquicos, como Chelón o Bernabé Somoza, yo no sé de ninguno que no tuviera —debido sobre todo a las dificultades con las potencias extranjeras— un agudo sentido de lo que significa la posición de Centroamérica, y especialmente la de Nicaragua en la Geografía Universal, y de la forma en que ésta influye en el proceso de su historia.

Los Estados Unidos e Inglaterra —más como símbolos del futuro que como potencias marítimas y comerciales— eran, en realidad, tanto una tenta-

ción como un peligro, o mejor dicho, una tentación y por tanto un peligro, para los centroamericanos del siglo XIX, cuyas ambiciones se polarizaban en el uno o el otro, si no oscilaban entre los dos países, aunque lo mismo en Guatemala y San Salvador o Tegucigalpa, que en León y Granada o San José de Costa Rica, casi todos tenían al menos un sentido instintivo de que la verdadera universalidad centroamericana se encontraba en sus propias raíces, o como decía el doctor Cuadra Pasos, en las esencias de su nacionalidad. A sus deseos cada vez mayores de imitar y aún de copiar a los grandes países modernos y comerciar con ellos, los centroamericanos anteponían entonces su celo por la independencia de Centroamérica o por la soberanía de sus respectivos Estados. Lo malo fue que se mostraran tan celosos de su soberanía que no supieran subordinarla a la unidad centroamericana. De esa manera se exponían, como lo sostuvieron los defensores de la unión, a perder cada uno por separado lo que apenas podían defender unidos. De todos modos, el sentimiento de independencia era ya inseparable del sentimiento de nacionalidad, que era a su vez el fundamento de nuestra propia universalidad.

Es indudable que todo eso tuvo una especie de climax en la Guerra Nacional. No obstante su carácter irregular, falsamente episódico, tanto en la historia norteamericana, donde apenas figura, como en la historia centroamericana, donde fue decisiva, la lucha contra Walker se distinguió precisamente por su sentido universal, como lo han visto muchos, porque en el fondo fue un conflicto entre ideas universales, o más concretamente, entre conceptos relativos a la universalidad de la libertad, que afectaban no sólo a los Estados Unidos y al continente americano y en último término al mundo entero, sino a la misma condición del hombre. En esa lucha se vió claro que los nicaragüenses y demás centroamericanos eran, en realidad, más universalistas que William Walker y sus filibusteros, de igual manera que la universalidad tradicional de Centroamérica era, como quien dice, de mejor ley que la del Sur de los Estados Unidos. Con mayor dramatismo seguramente que en cualquier otro momento de la historia de Nicaragua, en esa misma guerra se puso de manifiesto que nuestra auténtica universalidad era ya inseparable de nuestra libertad, lo que quiere decir que la manera propiamente nuestra de ser de veras universales era ser libres.

El mismo pueblo nicaragüense en general, pareció darse cuenta en una forma aún más aguda que antes, no sólo del significado sino también de las posibilidades de su libertad, cuando la vió realmente atropellada por un auténtico extranjero. Debe advertirse, sin embargo, que aún los nicaragüenses que abrazaron sin reservas la causa de Walker o que le fueron fieles hasta el final, en realidad lo hacían con intenciones universalistas. Como espero mostrarlo en su oportunidad, los principales de ellos por lo menos, tenían una idea de la universalidad más parecida a la de Walker que a la casi instintiva y apenas formulada de los otros nicaragüenses. Creían, precisamente, que Walker representaba la universalidad moderna. La historia, como sabemos,

no tardó mucho en desmentirlos. Pero el problema de nuestra propia universalidad —aunque planteado en otras formas bastante más complejas y por lo mismo más sutiles— se ha mantenido vivo en la mentalidad nicaragüense. Por la presión cada vez mayor de la historia universal sobre la nacional, nuestra actitud universalista se ha venido orientando más y más decididamente en la misma dirección que la influencia mundial de los Estados Unidos, aunque no sin profundas reacciones en sentido contrario. Para entender a los protagonistas de nuestra historia contemporánea hay que mirarlos, por lo tanto, en la perspectiva universalista en que, más o menos conscientemente, ellos mismos se colocaban, para lo cual es necesario tener alguna idea de la manera en que reaccionaban ante la influencia norteamericana. En nuestros días, por ejemplo, Sandino y Somoza —como espero mostrarlo a su tiempo— representaron entre otras cosas, y para muchos aún simbolizan, dos posiciones, posiblemente no irreconciliables, pero hasta aquí imposibles de reconciliar en la práctica, ante el problema de los Estados Unidos.

Creo que es suficiente ese ligero recorrido, para hacer ver que, en toda crisis de nuestra historia, lo que se juega en último término es el sentido de nuestra universalidad. Así se explica, por lo demás, que la vida nicaragüense, a pesar de sus tremendas deficiencias en todos los órdenes esté lejos de hallarse encerrada en sí misma. Sus principales avenidas llevan directamente a la universalidad. El localismo, el provincianismo y aún el separatismo de Centroamérica, parecen más que nada fenómenos políticos, activados por la anarquía, y rara vez reflejan, como piensan algunos, tendencias étnicas o culturales antiuniversalistas. El separatismo, está claro, acabó en poco tiempo con la unidad política, y las actitudes provincianas y lugareñas no han dejado de manifestarse en la vida cultural, pero lo significativo es que estos mismos factores de disgregación no han afectado seriamente a la universalidad de la cultura centroamericana. Si esto hubiera ocurrido —si los factores de disgregación hubieran aiacado nuestro universalismo— la unidad cultural de Centroamérica habría entrado, no cabe duda, en el mismo proceso de disolución que la unidad política, porque la universalidad no sólo es lo esencial de la cultura centroamericana, sino lo propiamente constitutivo de su unidad.

Lo que con más o menos fundamento suele tenerse por exclusivo de este o aquel país y aún de tales o cuales regiones en cada uno de los países centroamericanos —lo indígena, lo mestizo, lo criollo, lo folklórico y popular, lo típico y lo vernáculo en sus distintas variedades— puede afirmarse que sólo llega a ser consciente para nosotros y por lo mismo comunicable entre nosotros, en la medida en que podemos **universalizarlo**, que en este caso quiere decir, expresarlo a nuestro modo en castellano, y asimilarlo de esa manera a la mentalidad occidental. Ni que decir que esto se extiende a los demás países hispanoamericanos, y ampliando un poco más el grado de afinidad histórica y cultural, a los

latinoamericanos en general, y ensanchándolo más todavía, a los de todo el continente americano en cuanto participan de la cultura occidental. América es, en no pocos aspectos, una culminación de la historia de Occidente y significa en cierto sentido, un paso más en el camino de lo occidental a lo universal. Nacionalidad, hispanidad, latinidad, occidentalidad —por más que estas palabras se hayan prestado a toda suerte de tergiversaciones políticas— para nosotros sólo designan distintos grados de unidad en la universalidad.

La cuestión sin embargo, no concluye en el hecho de que la universalidad sea una característica esencial de la historia de Nicaragua. Es, además, un rasgo distintivo del carácter nicaragüense. Independientemente de sus actividades, lo propio del nicaragüense parece ser la tendencia a volcarse hacia el mundo. En un notable ensayo, titulado "El Nicaragüense", ha señalado Pablo Antonio Cuadra, entre las cosas que distinguen al hombre de Nicaragua, su condición de extravertido —"que se vierte hacia fuera".— Esa especie de instinto de hombre de tránsito, de transeúnte, que con tanta finura ha escudriñado Pablo Antonio, como algo en cierto modo impuesto por nuestra geografía, y que, según él mismo, ya se encontraba en nuestros aborígenes, llega a su máximun en la conquista, la época de los descubrimientos, expediciones, exploraciones y hasta desplazamientos de poblaciones, en que los incansables viajes marítimos y terrestres vienen a ser como una forma normal de vivir para casi todos los conquistadores españoles y buena parte de los indígenas conquistados, aunque ya desde entonces empieza a presentarse la natural contraposición entre la movilidad y la estabilidad, entre el espíritu renacentista, disparado hacia horizontes desconocidos, y el espíritu medieval o feudal, adherido a la tierra. En la colonia, necesariamente, la inquietud dispersiva tiene que remansarse, sosegar, aquietarse, y hasta, como quien dice, adormecerse o aletargarse, arraigar en la tierra, a fin de dar lugar a la lenta gestación de un nuevo pueblo, formado con elementos difíciles de combinar en un auténtico mestizaje racial y cultural, como el del pueblo nicaragüense. Pero después de proclamada la independencia, surgió otra vez, con nueva fuerza, la nunca enteramente desaparecida movilidad. Cada vez más desarraigado de la tierra y separado y alejado de ella, empujado hacia las ciudades y aún hacia el extranjero, por las guerras civiles y su política, lo natural es que el nicaragüense, que al fin y al cabo lleva la movilidad en la sangre nuevamente se vierta "hacia fuera" —como señala Pablo Antonio— es decir, hacia el mundo, no tan sólo en sentido geográfico y material, sino también en sentido cultural y espiritual. Todo, según parece, lo predispone a la universalidad.

Lo que ha faltado es que esto impregne al pensamiento nicaragüense y contribuya a la formación de la conciencia histórica del país. La propensión o inclinación a la universalidad ha sido más que todo un elemento del carácter, una característica vital, por no decir biológica del hombre de Nicaragua, y

por lo mismo algo instintivo o natural, que apenas se ha prestado a formulaciones intelectuales. En los políticos y militares que han timoneado nuestra historia, hombres de acción en su casi totalidad, cualquier política universalista no es de extrañar que fuera únicamente el resultado de sus respectivas situaciones existenciales. Es en este sentido, precisamente, que podría decirse de cada uno de ellos en particular lo que del hombre de Nicaragua en general: que encuentra su universalidad en su manera de ser hombre. No siento por eso mismo necesidad de racionalizarla. Son, desde luego, los intelectuales los que pueden y deben hacerlo.

Nuestros intelectuales, naturalmente, por el solo hecho, creo de ser del país, han sido todos universalistas, aunque hasta aquí ninguno ha elaborado, que yo sepa —salvo, en cierta manera el doctor Cuadra Pasos— nada que se parezca a una teoría del universalismo nicaragüense. Pienso que más o menos ha ocurrido lo mismo en el resto de Centroamérica. Los intelectuales centroamericanos pertenecientes a la generación de la independencia, no solamente por la tradición católica de que procedían sino más inmediatamente por la formación que recibieron, parecen haber sido los más articulados en su universalismo —tanto del lado tradicional como del liberal— y algunos de ellos, si no me equivoco, hasta pensaron por su cuenta en el problema de lo centroamericano en relación a lo universal. El que tuvo sobre eso el concepto más amplio, y muy posiblemente el más original, fue el sabio Valle, aunque hasta ahora no conozco ninguna monografía o trabajo especial sobre ese aspecto de su obra. Probablemente algunas de sus ideas aún podrían ser válidas para nosotros en el mundo de hoy, pero no creo estar lo suficientemente familiarizado con la totalidad de sus escritos para poder puntualizarlo. Debo decir lo mismo sobre los otros intelectuales centroamericanos de menor estatura, tanto de la generación de la independencia como de las siguientes. En todo caso, es indispensable, por no decir urgente, alguna nueva elaboración o reelaboración o cuando menos una puesta al día, de ese tipo de ideas o concepciones relativas a la universalidad centroamericana, ante las realidades del mundo actual. Es un trabajo que desde luego debería corresponder a cada generación.

En las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras de éste, los intelectuales liberales de Nicaragua —salvo, tal vez, el General Moncada— puede decirse que no tenían acerca de la universalidad nicaragüense o de las cuestiones relacionadas con este asunto, más que conceptos de segunda mano. Siempre me ha parecido paradójico que se valieran de conceptos prestados para racionalizar experiencias personales y nacionales directas o que afectaban más directamente a Nicaragua que a otros países americanos. El hecho es que sus ideas a este respecto —a juzgar por lo poco que de ellas se sabe o se dice— no pasaban de ser una repetición de las de algunos escritores suramericanos, más o menos considerados como maestros entre ciertos sectores del liberalismo centroamericano. Desde 1900,

año de la publicación de Ariel, los de mayor finura intelectual entre los liberales nicaragüenses, probablemente dependían en esto, del pensamiento de Rodó, aunque a ellos mismos les resultara insuficiente, en nuestras circunstancias, la vaguedad de su idealismo; pero, si no me equivoco la mayoría de los intelectuales de entonces, en especial los jóvenes que empezaron a darse a conocer después de la caída del General Zelaya, casi todo se lo debían a escritores sudamericanos de menos altura, como el argentino Manuel Ugarte —cuyas primeras posiciones fueron prácticamente abandonadas cuando cambiaron las circunstancias— y el colombiano Vargas Vila, que hoy nos resulta incomprensible que tuviera lectores entre personas de mediana cultura, y peor aún, admiradores, entre personas realmente cultas. En unos cuantos también influía el mexicano José Vasconcelos con su teoría de la raza cósmica, pero el temperamento nicaragüense nunca ha sido propenso a entusiasmarse con elucubraciones de esa naturaleza. La realidad es que casi todos los intelectuales liberales de ese tiempo, se limitaban a tomar posiciones en contra de los Estados Unidos, pero sólo políticamente —o mejor dicho, a oponerse políticamente a ciertas formas de intervención o de presión política y económica del Departamento de Estado y de Wall Street en Nicaragua. La oposición o resistencia cultural a los Estados Unidos y a "la barbarie yanqui" —como decían unos pocos que afectaban hacerla— no era tomada en serio ni en los mismos círculos liberales donde predominaba el antiyanquisimo político más intransigente, salvo, según parece, por una camarilla de jóvenes poetas bien conocidos en Managua, pero de escasa influencia entonces en el país, los cuales reflejaban con distintos matices, las opiniones del ya citado Vargas Vila o de Blanco Fombona y de los modernistas en general, quienes no parecían tener de la cultura o de la vida norteamericana conocimientos de primera mano. Ni siquiera es posible confiar demasiado en la sinceridad de sus opiniones, porque esos mismos escritores en el fondo envidiaban la civilización norteamericana, es decir, la deseaban para nosotros. Por más que todos repudiaron lo que con cierta vaguedad llamaban el **materialismo** de los yanquis —como también lo repudiaban los grandes escritores y poetas de los Estados Unidos— cualquiera de ellos hubiera podido escribir, como Chocano: Imitémoslos primero, para igualarlos después". Esta fue, al menos la actitud que más tarde tomaron, abiertamente, en lo que se refiere al **materialismo** de la civilización norteamericana, la mayoría de los intelectuales y buena parte de los poetas latinoamericanos, empezando por los marxistas. De todos modos, las opiniones de Vargas Vila y aún las del mismo Blanco Fombona, a tal extremo simplicaban la situación de la cultura —o, según ellos, de la barbarie— en los Estados Unidos que en realidad hacían imposible establecer las distinciones necesarias para que nuestra inevitable relación con ellos resultara fecunda, y no, al contrario, perjudicial. Los intelectuales nicaragüenses, además, se encontraban entonces, como les pasa siempre, demasiado absorbidos por la política inmediata, para ocuparse de esa tarea. Ninguno de

ellos, por consiguiente, creo yo que estuviera seriamente informado de las realidades culturales de los propios Estados Unidos, ni de los problemas que la vida norteamericana moderna plantea al hombre como tal, y que el Ariel de Rodó no hacía más que sugerir en uno de sus aspectos. Sin conocer al norteamericano y sin tener idea de su mundo, era imposible conocer los problemas que en ese mismo orden planteaba al nicaragüense la relación con Norteamérica. Hay que tener presente, sin embargo, que ni en los propios Estados Unidos, se había hecho todavía —digamos, antes de 1920— una seria valoración de su cultura con sentido moderno, actual, contemporáneo, viendo las cosas como se pueden ver hoy día, puesto que apenas empezaba a producirse, alrededor de 1914-1918, con la sacudida de la primera guerra mundial, el extraordinario florecimiento o resurgimiento de la literatura y de la crítica norteamericanas, que en realidad hizo posible aquella valoración, desde una nueva perspectiva, no ya en manera alguna provinciana, sino realmente universal.

El resultado fue que la más importante quizá de las tareas que esperaban a los intelectuales nicaragüenses en las primeras dos décadas de este siglo, quedara sin hacerse. Entre nuestros intelectuales de ese período, apenas sé de alguno que no haya despilfarrado todo su talento en las cuestiones más superficiales de la política. Mi impresión es que todo el andamiaje de su pensamiento sobre la cuestión norteamericana era de orden jurídico, y efectivamente, sus actitudes no parecían tener otro respaldo intelectual ni espiritual. Abiertamente por lo menos, no se apoyaban en el orden de realidades espirituales y culturales en que se funda o se puede fundar nuestro sentido de lo universal. Hasta donde yo puedo saberlo, únicamente el doctor Cuadra Pasos tenía entonces a este respecto una manera de pensar global y articulada —inertada, como si dijéramos, en la totalidad de su pensamiento— con sus raíces en la tradición nicaragüense y al mismo tiempo abierta a lo universal y a lo trascendente, pero la completa expresión de sus ideas sobre **el problema yanqui**, como la de su pensamiento en general, no se produjo más que en conversaciones y discursos que no fueron transcritos o no se han publicado. Hasta ahora él ha sido, a mi parecer, tanto por sus ideas como por la índole de su mente, no sólo el más universal y universalista de nuestros intelectuales consagrados a la política, sino también el que ha tenido una más clara idea de la universalidad nicaragüense, o mejor dicho, de la relación de lo nicaragüense y lo universal. En eso estaba su fuerza como internacionalista —pero el derecho internacional sólo podía interesarle como uno de tantos enfoques de nuestra universalidad. Esto, naturalmente, desprofesionalizaba y humanizaba en él esa disciplina, igual que cualquier otra de las que él ejercía, incluyendo la política. Esto mismo, a mi juicio, le dió tanta amplitud como altura de miras y sobre todo largo alcance a su manera de enfocar el asunto de la intervención norteamericana en sus peores momentos. No me refiero, sin embargo a su política interamericana, aunque con

ella o mejor dicho, con sus ideas al respecto, se adelantó por lo menos dos décadas a su época y preparó la nuestra. Su fuerte, como se sabe, fue la conversación. Por sus conversaciones principalmente, despertó entre los jóvenes que lo frecuentaban, el afán de examinar la inevitable relación de Nicaragua y aun nuestra propia relación personal con los Estados Unidos y la vida norteamericana, en una perspectiva universalista, desde la cual nos resulta posible entender a la vez lo norteamericano y lo nicaragüense, dentro de la necesaria interacción de nuestras respectivas posiciones universales. Esto puede mirarse de distintas maneras, como en efecto ocurre, pero su actual enfoque intelectual y cultural, principalmente se deriva del doctor Cuadra Pasos. Junto con un sentido universal de lo nicaragüense, en cierto modo tradicional, él transmitió a los jóvenes de mi generación y la siguiente, la orientación hacia lo universal, o cuando menos la inquietud universalista, que es la gran inquietud de nuestro tiempo. Generalmente han sido sus discípulos, comenzando por su hijo Pablo Antonio, o los discípulos de aquellos, los que hasta aquí han tratado de examinar, tanto la historia como la vida nicaragüense, con interrogaciones e investigaciones que revelan no sólo curiosidad intelectual, sino también sentido universalista. Un sentido que nos haga no sólo inteligibles para nosotros mismos, sino también para todos los hombres del mundo, y por el cual podamos no solamente entendernos nosotros, sino entenderlos a todos ellos.

Hasta aquí, sin embargo, donde mejor se ha manifestado la natural inclinación de los nicaragüenses hacia lo universal y su capacidad para alcanzarlos, no ha sido en el terreno de las ideas, sino en el ámbito más puro de la poesía. La más alta manifestación de la universalidad nicaragüense es, por supuesto, Rubén Darío. El es el paradigma de nuestra universalidad en su más pura forma. El hecho sobrepasa, desde luego, los límites nacionales de lo nicaragüense —porque Rubén no es sólo un gran poeta de Nicaragua, sino, además, de cualquier otro de los países de lengua española, empezando por España— pero, precisamente, es esto lo que le da su carácter de símbolo de la universalidad nicaragüense. Rubén es inmediatamente nacionalizable y en efecto ha sido nacionalizado, lo mismo por España que por cada uno de los países de Hispanoamérica. Más que otro alguno pertenece a todos los países de nuestra lengua, a cada uno en particular y a todos en conjunto. Más por ésta quizá que por otra razón, puede afirmarse que es el más grande —es decir, el de mayor latitud poética— y en tal sentido al menos, el más universal de los grandes poetas de la lengua española. Esto lo digo porque, a mi juicio, únicamente en referencia a la historia y la geografía de una cultura determinada o por otras cuestiones culturales más o menos ajenas a la misma poesía, pero evidentemente inseparables de ella, puede tener algún sentido la afirmación de que un gran poeta sea más **grande** que los otros de la misma estatura. Tal es precisamente el caso de Rubén. Lo que se llama su **grandeza**, lo que lo hace mayor o menor que los otros, sólo puede medirse en el espacio y en el tiempo, en la geografía y

en la historia, porque el valor de la poesía misma trasciende al tiempo y al espacio y no puede medirse. No tendría sentido decir que su poesía es la mejor o mejor que la de otros —pues la poesía, como tal es siempre lo mejor, lo insuperable— pero que es el más **grande** quiere decir sencillamente que es el que más abarca, tanto en el tiempo como en espacio, el que recoge una gran tradición —**gathers a great tradition**, como luego dirá de sí mismo Ezra Pound— y le da nueva vida, y a su modo la adapta a la vida moderna, haciendo así posible una nueva poesía, en todo el ámbito del idioma. El no fue únicamente el gran poeta de su tiempo en nuestra lengua, sino, además, el único eslabón de la poesía del pasado con la del futuro. Si hoy, por ejemplo, nos gusta Góngora, es sobre todo por Rubén y es leyendo a Rubén que aprendimos a leer de otro modo la poesía anterior. La suya fue ante todo una revolución del gusto literario. En Rubén adquirimos un gusto nuevo, ya en cierto modo nuestro gusto moderno, por Garcilaso o Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, que sin Rubén posiblemente ya no nos gustarían —como les pasa a algunos de los poetas más jóvenes— o simplemente nos gustarían de otra manera y por otros motivos. Pero, además, el orquestó con tal maestría la lengua castellana, la enriqueció con tantas aportaciones y novedades, amplió en tal forma sus posibilidades de expresión para una nueva sensibilidad poética, que sin Rubén tampoco hubiera sido posible el gran florecimiento post-rubeniano de la poesía, tanto en América como en España. Ni don Antonio Machado ni Juan Ramón Jiménez, ni García Lorca, ni Neruda, ni Vallejo, ni ningún otro de los grandes poetas modernistas y post-modernistas hispanoamericanos o españoles, se explicaría sin Rubén Darío. Este nombre es inseparable de la revolución poética moderna, que esencialmente sigue siendo la misma en sus continuas transformaciones, por cuanto en realidad significó la independencia y la libertad de la poesía en todos los países de lengua castellana. La gran revolución encabezada por Rubén —que no fue sólo el modernismo, ni en modo alguno se agotó en éste— incorporó en cierta medida las anteriores, y es evidente que de algún modo se proyecta en la revolución contemporánea. A esto se debe que en la poesía de la lengua, como totalidad, o sea en la poesía de cada uno de nuestros pueblos, incluido el español, Rubén Darío representa la libertad y al mismo tiempo la tradición, que él renueva precisamente en la medida en que es capaz de libertarse de ella y legarla a nosotros como una tradición de libertad. Lo que hay de virtualmente rubeniano en la poesía contemporánea es quizá lo que no se disuelve del todo en la anarquía y la disgregación. Rubén, digamos, no nos liberta para separarnos —como lo han hecho la mayoría de nuestros libertadores políticos, a excepción de un Bolívar o un Morazán— sino, al contrario, para ensanchar nuestra unidad. Su trayectoria va de la libertad a la unidad, y por lo tanto, como ya he señalado, en la misma dirección que nuestra propia universalidad. Por eso mismo he dicho que su poesía es la más alta manifestación de la universalidad nicaragüense. Por lo mismo también se podría decir que hasta aquí ha sido la más amplia, la más abierta y aún en cier-

tos aspectos la más completa expresión poética de la universalidad del hombre hispanoamericano, sin exclusión del español. Quizá por esto sobre todo es que Rubén se explica como nicaragüense. No es que se explique sólo como nicaragüense, sino sencillamente que por ese motivo es más nicaragüense que los otros nicaragüenses. No desde luego por la repercusión que su poesía tuvo en su tiempo, ni menos por lo que en ella hoy nos parece invulnerable al tiempo. Esto no lo hace ser el más nicaragüense, sino sólo el más grande de los nicaragüenses. Pero también él es el más salvadoreño y el más guatemalteco, el más chileno y el más argentino, como también es el más español de los nicaragüenses. Pero también el más francés y hasta el más griego de los españoles, como también, por otra parte, el más indoamericano, es decir, el más indio, y hasta el más africano de los argentinos y los chilenos. Es algo de esto, me parece, lo que se da a entender cuando se dice que es el más "grande" entre los poetas de nuestra lengua. Lo cual tal vez se podría explicar por el extraordinario poder de absorción de su genio, su receptividad o afinidad para la poesía de todos los tiempos y lugares, unida a su admirable capacidad de armonizar las cosas más dispares con su compleja sensibilidad latinoamericana, hispanoamericana —indisolublemente hispánica y americana— que el gran poeta nicaragüense de sangre chorotega y hasta seguramente también africana, tanto como española, incorporó, como quien dice, a la tradicional universalidad de la lengua de España. Rubén Darío es el poeta de la universalidad de nuestra lengua.

No es necesario consultar las estadísticas, que en todo caso no inspiran confianza, para saber que Nicaragua figura entre los países latinoamericanos donde ha existido un más completo mestizaje de español, indio y negro. En realidad es raro el nicaragüense que no lleva en la sangre una explosiva mezcla de esos tres ingredientes raciales de nuestra población, lo cual más que en el tipo de la gente, se deja ver en el temperamento nacional. En Rubén se produjo una armonía superior, un feliz equilibrio del mestizaje nicaragüense, gracias en buena parte a la no menos nicaragüense inclinación universalista de su temperamento. Pero el hecho de que Rubén fuera nicaragüense no solamente le afectó a él mismo determinando hasta cierto punto la índole de su genio, sino que en cierto modo también afecta a Nicaragua. No me refiero tanto a lo que en los periódicos y los documentos oficiales suele llamarse "gloria nacional" —porque esa clase de palabras, como gloria y grandeza, para la gente de hoy ya

casi no son más que una retórica vacía— sino a su influencia en el sentido de una mayor conciencia de nuestra propia universalidad. Es con Rubén y por Rubén que la poesía de Nicaragua adquiere a un mismo tiempo conciencia de sí misma y de su propia universalidad. Con Rubén y en Rubén es que los poetas nicaragüenses, frecuentemente en rebeldía frente al mismo Rubén, han descubierto al menos su universalidad, tal vez no propiamente la universalidad nicaragüense como experiencia colectiva o realidad histórica, sino más bien su personal universalidad en relación a la poesía como categoría universal. En todo caso, desde Rubén en adelante, lo propio y distintivo de los principales poetas nicaragüenses ha sido efectivamente la capacidad de universalización de su experiencia vital. Ellos han hecho con más éxito —como suele decirse en el lenguaje comercial de ahora lo que desde la independencia han tratado de hacer, en la política y los negocios, los militares y comerciantes y hasta los mismos intelectuales, con resultados casi siempre trágicos, por falta, según ya he dicho, de una manera, como quien dice, más filosófica, ya que no más poética, de enfocar el problema. Ya es significativo que Nicaragua rinda "culto oficial" a Rubén Darío, y no lo pueda hacer en escala nacional con ningún otro de sus "héroes". Pero tampoco está demás hacer notar a este propósito, en beneficio de la gente práctica, que la poesía es hasta ahora el único producto nicaragüense de indiscutible valor universal —no sujeto a las contingencias del mercado— y que si alguna admiración despierta Nicaragua fuera de sus fronteras, no lo debe a otra cosa. Es solamente en la poesía donde hasta aquí hemos alcanzado nuestra propia universalidad.

En qué consiste o deba consistir esa universalidad es lo que hay que explorar. No bastaría, claro, conocer lo que de ella pensaron los próceres centroamericanos y los nicaragüenses de mayor prestigio intelectual, como don José Sacasa y don Juan José Zavala y don Hermenegildo Zepeda y don José Núñez y don Laureano Pineda y don Pablo Buitrago y Castellón y Máximo Jerez y el doctor Rosalío Cortés y don Anselmo Rivas y Gámez y Coronel Matus —por no citar más que unos cuantos de los intelectuales que tuvieron importancia política en el siglo pasado y cuyo pensamiento en este aspecto apenas se conoce— ni solamente las enseñanzas del doctor Cuadra Pasos o las ideas que acerca de esto se desprenderían de la lectura de nuestros poetas. Somos nosotros mismos los que tenemos que pensar el tema por nuestra propia cuenta y para las circunstancias de nuestro tiempo.